

CONTRACTUALISMO Y EDAD DE ORO

El contractualismo político supone que originariamente existía un estado de naturaleza, natural, espontáneo en el que los hombres no se sentían a gusto y por eso, mediante un acuerdo, pacto o contrato decidieron instituir la sociedad. Entre otras consecuencias, ha introducido así, a la larga, la idea de que todo, desde la sociedad a la naturaleza humana, es artificial e incluso que la naturaleza es mala y lo bueno es lo que hace el hombre. Dicho de otra manera, ha desterrado la idea de lo natural como modo de vida, la vida natural, la que es conforme a la naturaleza o de acuerdo a la naturaleza en la que se han fundamentado las formas de la religión y de la ética, la estética y la política. A cambio no sólo, ha potenciado la idea del hombre como creador, como pequeño dios, capaz de instituir la sociedad sino de crear un hombre nuevo, el hombre sin los defectos o vicios debidos a la naturaleza. Con ello, la eterna disputa, pues siempre se encuentra más o menos larvada en toda sociedad, entre los antiguos, partidarios de la tradición por ser conforme a la naturaleza, y los modernos, partidarios de las innovaciones aunque sean contra la naturaleza, adquirió un nuevo carácter en Europa al apoyarse en el auge de la ciencia, de la que se esperaban grandes cosas en orden a cambiar lo existente en el sentido de una mayor perfección, enmendando la plana a la Naturaleza. El pensamiento utópico y revolucionario arraiga en esa creencia, que vio en la conducción de la historia según ideales racionales, la fuente principal, más que de la libertad de la liberación. La ideología de la emancipación del siglo XVIII, la madre de todas las ideologías, descansa en esa visión, que invirtió el sentido del mito de la Edad de Oro. El pensamiento mítico cree en la existencia en el origen de una Edad de Oro, de perfección de todas las cosas incluido el hombre. La historia sería por tanto la narración de la degradación paulatina de ese estado de cosas. A la Edad de Oro habrían sucedido una Edad de Plata, de Hierro o de Bronce la más reciente, en la que estaría todo mezclado reinando la confusión, el caos. Con la imagen del contractualismo en *arrière pensée* (en el trasfondo), poco a poco se introdujo la idea inversa de que la historia es un proceso hacia la Edad de Oro, con la particularidad de que ésta ahora sería el producto de un artificio, no algo que estuviera en la naturaleza de las cosas. El modo de pensamiento mítico cambió así de dirección, situando la Edad de Oro en el futuro, oponiendo así la idea de progreso a la de conservación y pensadores del siglo XIX como Comte o Coleridge se sintieron obligados a buscar una vía media entre ambos, el Progreso, el cambio -el cambio debido al convencionalismo introducido por el contractualismo-, y la Conservación, el orden -lo que pertenece a la naturaleza de las cosas-, a fin de paliar el caos que suscita, dejado a sí mismo, el progreso-convencionalismo-cambio excesivos. Mas se ha impuesto en la cultura la idea de que el cambio por el cambio es benéfico y, por tanto, hay que borrar todo lo que recuerde a la naturaleza. Antonio García-Trevijano está mostrando en extraordinarios artículos sobre el arte contemporáneo, cómo se ha impuesto esta tendencia en la estética, caracterizada hoy por el abandono de las formas, en tanto estas se inspiren más o menos en la naturaleza, en lo natural, con la consecuencia del predominio de un inte-



lectualismo subjetivista que hace ininteligible la obra de arte, que ha de ser explicada para suscitar alguna emoción estética. Esto hace que, por una parte, el leitmotiv de la obra de arte sea la intencionada originalidad o novedad de la misma y que, por otra, la propaganda se convierta en compañera imprescindible de la supuesta o real creación artística. Esta actitud, que García-Trevijano explica en el arte, aparece en cualquier orden de la vida cultural; en la moral, la política, el derecho, la economía, la pedagogía y hasta en la ciencia y en la técnica, etcétera, en las que se busca sobre todo la «originalidad». Una condición para ello es, naturalmente, que la misma cultura se conciba como un campo neutral, en el que cualquier cosa es valiosa. Y es que el europeo viene buscando desde los albores de la modernidad la eliminación de los conflictos a fin de alcanzar el estado de paz, contrapunto del estado de naturaleza, que caracteriza la Edad de Oro. Estado de paz que, evidentemente, sería un estado o situación de neutralidad.

Dalmacio NEGRO

EL DISGUSTO

Menudo disgusto nos dio el pasado viernes a todos, menos a los suyos, claro, Ibarretxe. Empezamos la semana sin recuperarnos; no había más que escuchar ayer a Aznar y Zapatero para comprobar hasta dónde llega el desconcierto. El abismo. Tiene perfecto derecho Ibarretxe a plantear un nuevo Estatuto, un referéndum, a reivindicar el título de gobernador general de Puerto Rico -perdón, de Euskadi-, una moneda propia, equipo de fútbol (sin jugadores constitucionalistas)... Por pedir, puede pedir casi todo, siempre que lo haga dentro de la legalidad, la igualdad y paz. Pero pierde ese derecho cuando sabe que ni siquiera puede controlar que los cafes coloquen pancartas exaltando como héroes a dos etarras muertos cuando se preparaban para causar dolor a otros. Si tampoco lo ha garantizado hasta ahora en las elecciones municipales, ¿cómo lo va a asegurar el día en el que se celebre el referéndum?

Con ETA declarando «objetivo militar» al PP y al PSOE, ¿cómo hacer propaganda a favor del «no»? Eso no sería un referéndum, sino un trágala. Lo ve hasta Arzalluz, que ofrece el apoyo de sus gudaris a las casas del pueblo socialistas (a los populares, nada, que esos no tienen ni donde tomar unos tórkitos); envía a los suyos a apoyar a los que «tengan miedo» (claro, es fácil no tenerlo cuando no te amenazan), porque ya se sabe que, muertos aparte, no hay mucho riesgo en acercarse a los apestados. Al fin y al cabo, ETA sabe distinguir y mata solamente a quienes discrepan del único pensamiento posible. Cuánta miseria moral en Euskadi, Dios. Eso sí que causa un serio disgusto.

Fernando JÁUREGUI



RAY



Lo primero que se me ocurre, Ray, al pensar en ti es que la semana pasada, cuando un día como hoy me encontraba sentado frente al ordenador alumbrando esta columna, aún estabas con nosotros. Quizás contemplabas la luz otoñal que entraba por la ventana de tu cuarto, en esa residencia de la Compañía donde vivías desde hacía escasos meses, desde que tu salud quebradiza te retiró del mundanal ruido. Es posible que mientras yo tecleaba estuvieses haciendo un repaso de tu ajetreada vida, con la lucidez serena que seguías teniendo a pesar de que a tu cuerpo cansado le costase cada vez más trabajo seguir adelante. Lo seguro es que pocos días después aquí me tienes escribiéndote toscamente esta carta de despedida. Porque a la chita callando has tenido la desfachatez de morirte, reverendo padre Raymond Sullivan.

Nunca pensé que tu marcha me impresionaría tanto. Porque aunque fuiste nuestro cura de cabecera y compartiste durante muchos años los momentos más importantes de nuestras vidas, ahora que lo pienso eras casi un

desconocido. Para nosotros y para los demás, pues por mucho que les he preguntado a tus amigos y allegados, a la postre no sabían mucho más que yo de tus andanzas terrenas. Es lo que ocurre cuando uno se pasa la vida yendo por libre. Sé que naciste en una granja en Missouri, que erais ocho hermanos y que con 16 años, tras engañar a los de la oficina de reclutamiento, conseguiste hacerte soldado porque querías luchar contra Hitler. De hecho desembarcaste en Normandía en una de esas playas donde murieron tantos jóvenes como tú. Por suerte las balas de la Wehrmacht sólo te hirieron y tu valor y arrojo se recuperaron en uno de esos hospitales de la Francia liberada. La Europa que contribuiste a salvar de la dictadura te acogió para siempre, pues ese joven idealista que nunca dejaste de ser, jamás regresó a vivir de forma permanente en los Estados Unidos. Estudió en Francia, en Granada y en Salamanca. También debió de andar por Dublín porque me consta que además del pasaporte del Tío Sam tenías otro irlandés. Al final te hiciste jesuita. Desde luego no podías haber escogido otro destino en la Santa Madre Iglesia pues tu espíritu independiente no hubiese podido compaginar de otro modo una sólida vocación con ese irrenunciable sentido de la libertad. Y es que, permíteme que te diga con todo afecto, siempre fuiste un cura peculiar. Supongo que era uno de tus más poderosos encantos. Por eso has sido la persona de este mundo que más ha conseguido acercarme a la trascendencia. Por eso y porque nunca viviste para ti y siempre para los demás. Déjame decirte también que aunque me invade una tristeza infinita pienso con alivio que ahí donde te encuentras ahora estás divinamente. Perdona el juego de palabras, pero no puedo dejar de asociar tu imagen al extraordinario sentido del humor con el que nos obsequiaste durante toda tu vida. En ese perfecto castellano que pronunciabas con un inconfundible acento yanqui. De ahí que te convirtieses tan naturalmente en nuestro vínculo entrañable y desenfadado con el Altísimo.

Cuando asistía a tu funeral, concelebrado por catorce de tus compañeros ignacianos, con los ojos puestos en tu sencillo ataúd recubierto por la casulla con la que oficiaste tantas veces, pensaba en tu sorprendente destino. A lo largo de la ceremonia sobria y profunda pasé revista a todos los amigos que dejaste en este mundo. Y me acordé de ese astrónomo al que no se le ocurrió mejor idea que la de ponerle tu nombre a una estrella, la misma que sin duda hoy brilla más que nunca en el centro del Universo. Fue poco antes de que, concluido el oficio, nos anunciaran que no irías al panteón de los jesuitas porque habías donado tu cuerpo a la Facultad de Medicina. Genio y figura hasta la sepultura.

Va a costarme muchísimo, «father» Sullivan, hacerme a la idea de que no volveré a verte en esta vida. Aunque me consuelo pensando que ese corazón que hoy tengo en un puño nunca ha estado tan cerca de ti. Porque te contempla desde la atalaya de todos los momentos que tuve el privilegio de compartir contigo.

Bruno AGUILERA